

ÁLVARO PASCUAL  
GUILLERMO BALMASEDA

# Bullshot

Expediente Guanahani



---

---

---

—Todo eso fuera bien escusado —respondió don Quijote— si a mí se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabrás, que con sola una gota se ahorraran tiempo y medicinas.

—¿Qué redoma y qué bálsamo es ese?

—dijo Sancho Panza.

—Es un bálsamo —respondió don Quijote—, de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor a la muerte, ni hay que pensar morir de ferida alguna.

—Si eso hay —dijo Panza—, yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida insula, y no quiero otra cosa, en pago de mis muchos y buenos servicios, sino que vuestra merced me dé la receta de ese extremado licor.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA,  
*El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha.*

---

---

---

# Introducción

*Madrid, marzo de 2015*

—Varón, sesenta y nueve años, metro ochenta; el cadáver presenta modificaciones cutáneas, mucosas y oculares con inicio de proceso de descomposición. Una gran mancha amarillenta sobre el abdomen en la región apendicular sugiere que la muerte se produjo entre las ocho y las doce de la noche del pasado lunes. De su boca rebosa una sustancia viscosa con fuerte olor a...

En la soledad de un fastuoso despacho, de un lujoso palacete, de un aburrido barrio residencial de la zona norte de la capital de España, brillaba una pequeña bombilla que iluminaba la coronilla de un hombre muerto, que yacía a los pies de su despreciable sillón orejero.

—... a ajo, cayena y aceite de oliva. Gracias, doctor. Puede retirarse.

Gregorio Florindo Salvador, comisario del ilustre Cuerpo Nacional de Policía, descendiente de una larga saga de agentes rasos, era el único de su familia que, a fuerza de perseverancia, había conseguido ascender en el escalafón. Duro, bajo y resistente como un olivo, palmeaba con su gruesa mano el hombro del forense.

---

Ambos, como el resto de los presentes, vestían aparatosos trajes de aislamiento, conforme exigía el protocolo de seguridad epidemiológico.

—Se me olvidaba... —concluyó el forense—. El sujeto presenta arañazos en cuello y mejillas, seguramente autoinfligidos por el elevado grado de sufrimiento experimentado, y dos quemaduras en sus nalgas, en lo que parece un x y un ii en números romanos. Por mi parte, nada más. Buenas noches.

En su visita a aquel hombre, el asesino había desordenado cada estante de aquella pretenciosa librería históricamente colocada, colmada de retratos junto a ilustres, que siempre se han entendido de muy buen gusto; rimbombantes premios jurídicos y toda suerte de títulos oficiales de las más elitistas escuelas de negocios. Una biblioteca característica de un individuo notable.

—Es él nuevamente, ¿verdad? —preguntó el subinspector Valderrama.

—El mismo.

—¿Y de nuevo la salsa pilpil?

—Otra vez —suspiró con resignación el comisario—. Y parece que el mismo móvil. Estanterías revueltas, cajones abiertos. ¡Qué tendrá ese puñetero documento!

—Como asesino no sé, pero desde luego como cocinero... —dijo Valderrama torciendo el gesto, trazando en tiza la escena del crimen sobre la moqueta.

Chichi Valderrama era, por el contrario, un policía un tanto naïf. Su carrera policial siempre había carecido de vocación, no significaba más que una mera forma de ganarse la vida, de pagar sus gastos corrientes. Siempre quiso ser cantante, y por unos años así fue. Formó dúo con su íntimo amigo Manu Manuel y grabaron un disco, *Filibusteros del amor*. No hubo más.

Tras un relativo éxito en las gasolineras, que les permitió saldar algunas deudas, se retiraron, dejando el pabellón todo lo alto que alcanzaron.

---

—¡Cómo es posible! ¿¡A cuántos más se va a cargar este malnacido!? —gritó al cielo Gregorio Florindo Salvador.

La estancia exudaba fetidez. La carne en putrefacción había impregnado el ambiente de un olor que se agarraba con vigorosidad a cada fibra de tejido presente en la enmoquetada habitación. El calor de la lámpara encendida durante días y el producido por los numerosos oficiales, peritos, fotógrafos y forenses transmutaba aquella desagradable fragancia en un bocado grotesco que se colaba por el filtro de la escafandra.

El comisario trataba de destilar su agotamiento, buscar una grieta en el desconuelo para pensar con claridad. Sin embargo, a pesar de sus más de veintiocho años en el Cuerpo, no se acostumbraba a aquella peste que le impedía orientar sus devaneos.

Abrió el bolsillo de velcro. Retiró su máscara y encendió un cigarro. Aire puro. El humo del Red Apple bloquearía el hedor. Fijó su atención sobre el cuero verde que bañaba el escritorio de estilo inglés, probablemente victoriano.

—Estos ricos no saben en qué gastarse el dinero —rumió prejuicioso. Enfadado.

El comisario se odiaba cuando recurría a ciertos pensamientos. Golpeó con disimulo su muslo y empezó a acariciar el contorno de la mesa. Reparó en una perturbación. Titubeante, acercó su maltrecha vista, y entre el bullicio y las salpicaduras de lo que parecía ser sangre, identificó un mensaje. Aquella víctima de asesinato, antes de morir, tuvo el tiempo y la templanza para trasladar un auxilio a quien pudiera interesar. Rasgado en el tapete con un pomposo abrecartas, se podía leer en una deliciosa letra de cinta: «¡Traidor!».

---

---



---

# 1. Del Perdigón

*Madrid, noviembre de 2017*

—Y yo pregunto, ¿acostumbráis a hablar con vuestras mujeres después de hacer el amor? —sonsacó Luis con cierta curiosidad.

—¡Pues depende de si tengo cobertura! —contestó Perico, jaleando su propio chiste.

—¡Serás...! ¡Ese merece una ronda, Periquín!

—Quita, quita..

—¡Por el amor de Dios! ¡Capaz serás de no invitarte a la penúltima! —insistió enérgico Luis desde los confines de la mesa.

—Déjalo. El muy golfante se gasta lo que no tiene en mujeres, alcohol y tabaco —apuntó Gonzalo.

—¿Se te ocurre algo mejor?

—Alguien co-co-cooon tu po-po-poderío. Co-co-cooon ese mu-mu-múúúsculo financiero. Alguien cooon el dinero por castigo —tartamudeó Ramón.

—Bueno, ¡a callar todo el mundo, cojona! —interrumpió Perico—. Si lo sé, me quedo en casa tan a gusto con mi doña. Que además hoy había toros, ¡joder!

Todos rieron y pronto se cambió el tercio.

---

Era martes, 14 de noviembre del año 2017, y tal y como marcaba la tradición desde hacía ya más de tres décadas, aquel grupo de hombres compartía mantel, confidencias y viejos anecdotarios de vida, que recurrentemente se repetían en bucle, síntoma de estar más cerca de doblar la servilleta que de partir la pana. Historias de la historia, al fin y al cabo.

Tal y como hacían de manera incondicional cada martes, de cada semana, de cada año, aquel hatajo de vividores disfrutaba de su habitual almuerzo que, de un lado, ponía el broche a su *match* de golf, y de otro, servía de acto inaugural de su acalorada partida de dominó que salpicaban con viejos canturreos de su época colegial.

El Perdigón, que regentaba Iñaki, el Gordo, era el lugar de encuentro. El refugio perfecto en el que aquellos hombres daban rienda suelta a sus instintos más bajos, donde afilaban sus ingeniosas sátiras y desde el que recomponían el mundo con lo que creían prodigiosas fórmulas al alcance de unas pocas mentes privilegiadas.

Se trataba de una antigua casa de postas situada en lo alto del monte de El Pardo, a las afueras de la capital. De aspecto rústico y austero, pero con ese aplomo que confiere el peso de la tradición, el mesón acogía con calidez, e incluso ternura, a quienes, entre sus imponentes muros de piedra, gustaban de la carne de caza, el calor de su gran chimenea y las infinitas tertulias que se arremolinaban improvisadamente entre sus comensales.

El olor a leña, la humedad del campo, las maderas, los colores verdes, ocre y marrones, las fotografías de los que ya no estaban, el cuidado por las tradiciones y los grandes placeres de la vida eran algunos de los distintivos de aquel lugar tan especial desde el que se avistaba la afilada silueta de Madrid.

Su dueño, Iñaki, era un hombre corpulento, de facciones rudas, piel ajada y manos curtidas. Criado en un pequeño pueblo

---

de la provincia de Guipúzcoa, pronto hizo las maletas en busca de una vida mejor en Madrid, en donde, tras muchos años de malvivir y a base de mucho esfuerzo, y con los pocos ahorros de los que disponía, se hizo con una maltrecha casona de almuerzos en donde hoy latía El Perdigón.

Iñaki destacaba por esa conversación escanciada con el cariño y la sencillez tan propios de los vascos. Si bien en un primer arrimo su brusquedad pudiera confundirse con alguna suerte de antipatía, la realidad es que siempre despachaba un trato absolutamente cercano y cálido a todo aquel que desfilaba por sus manteles.

A pesar de su estructura grosera y sus maneras tan poco modeladas, Iñaki era una persona especialmente observadora y cuidadosa. Día tras día, de forma maniática y esmerada, procuraba que todo cuanto encontraban sus clientes estuviera perfectamente dispuesto.

La escena siempre transcurría en la misma mesa del mismo reservado, que lucía fotos de Iñaki junto a todos ellos y que constituía un lugar de culto para el resto de los habituales, que, a pesar de ser incondicionales de antiguo, no gozaban del afecto, e incluso del estatus, del que sí disfrutaban aquellos hombres. Era una cuestión de jerarquías, tan propia entre la alta sociedad madrileña.

Dos eran los actores principales.

Don Pedro María Álvarez-Cuevas Gálvez de Sandoval y Rojas, marqués de los Gaitanes, conde de Sagunto, III conde de Hoyarrasa, vizconde de Galveston, miembro del Consejo de la Diputación Permanente y Consejo de la Grandeza de España, presidente de honor de la Asociación de Estrellas Michelin de Madrid, Premio Croqueta de Oro de 2014 y Lady España 1991. Casado con doña Marta Soró y de Tanjil. De profesión rentista, sesenta y siete castañas y cerca de los ciento diez kilos, concentrados en una panza moldeada a base del mejor marisco, la más jugosa carne de Ávila más exquisitos vinos, era un hombre de

---

compleción evidentemente tosca, y que a pesar de la nobleza que había acompañado a su apellido desde lejos, se caracterizaba por su talante afable y sencillo tan alejado de los encorsetamientos propios de su linaje. Acostumbrado a no pegar ni sello, empleaba sus desfaenados y aburridos días sin pena ni gloria. Y es que lo poco que hacía, más allá de jugar al golf, era alternar con sus numerosas amistades y recordar viejas hazañas de juventud para endulzar el regusto a inoperancia que su conciencia le evocaba con asiduidad. Perico, como así le conocía todo el mundo, aún conservaba bastante pelo, mitad oscuro mitad plateado, que iba a morir a dos enormes y robustas patillas portuguesas que le otorgaban ese aspecto entre bonachón y cascarrabias, entre sencillo y socarrón, entre tradicional y confiado.

Don Ramón de Ayamonte: sesenta y ocho años, historiador, viudo de Concha, la Vasalla —como de manera algo despectiva le apodaban el resto por su origen humilde—, timorato y desdichado, de nariz aguileña y pelo cano con un cuidadoso acabado en forma de diminutos caracolillos. Era hombre recto, educado e inteligente. Tartamudo profesional, de estructura frágil y algo desgarrada, y unas inconfundibles gafas que no impedían, sino al contrario, mostrar la bondad que encerraba su mirada. Era el contrapunto necesario al talante volcánico y devastador del mencionado astado. Tras jubilarse, Ramón distraía su afligida existencia transmitiendo sus inmensos conocimientos de historia de España a los alumnos de la universidad de mayores de la prestigiosa Pontificia de Comillas.

Otros dos completaban la alineación.

Don Luis Pertierra Parrado: sesenta y seis años, casado en terceras nupcias con una joven venezolana que apenas contaba sus primaveras por treinta y ocho años, exitoso empresario, que si bien no gozaba de la posición social de su estimado Perico, tenía más pasta que Alemania, lo cual no le impedía tratar de encas-

---

quetar la cuenta al primer despistado que se preciara, y que en aquella ocasión parecía ser Perico.

Don Gonzalo Martínez de Aragón: soltero, de edad desconocida por coquetería extrema, pero al que se le suponían setenta y dos, descendiente de una interminable saga de joyeros. Era el más tranquilo de todos ellos. Si bien no poseía el encanto de Perico, la caradura de Luis ni la bondad de Ramón, era un hombre perspicaz, punzante y dotado de una ocurrencia que le permitía no tener que alzar la voz para batirse el cobre con aquellas primeras espadas.

Y allí estaban los cuatro compartiendo aquel almuerzo, que lejos de ser tan solo el momento de cometer ciertas diabluras culinarias, se había convertido en un acto de verdadera veneración.

De caracteres absolutamente dispares, entre todos ellos existía un innegable punto de encuentro que fue lo que siempre les mantuvo unidos, incluso en los contratiempos más letales de la vida. Su modo de disfrutar de esta, su capacidad de gozarla, de beberla a morro y devorarla con los dedos. Era aquel semejante entusiasmo por despelucharla por sus cuatro costados, por no caminarla de perfil ni tampoco de puntillas, sino con la firme intención de morir de empacho vital y disfrutón, lo que siempre hizo de sustancia aglutinante y excusa perfecta para no romper aquel vínculo tan sólido que habían pergeñado con el paso de los años.

—Tráete otro copazo, anda, ricura —murmuró Luis, concentrado en sus fichas de dominó, mientras rumiaba cómo doblegar a sus compañeros de partida.

—Dadme un mi-mi-miinuto para ir al servicio —suplicó Ramón, mientras mataba el culín de *whisky* en el que agonizaban unos cuantos hielos a punto de esfumarse.

—Será hortera. Al servicio dice. Cuarto de baño, Ramón, ¡es el dichoso cuarto de baño! ¡El único servicio que conozco es el

---

que duerme junto a la cocina! —gritó Luis muy preocupado por según qué formalismos.

—¡Ojo! Que la luz con sensor de movimiento que acaban de instalar te obliga a cagar como si dirigieras la Filarmónica de Viena —remató Gonzalo.

—¡Venga, Raymond! No dejes que ningún optimista estropee tu día de mierda —gritó Luis—. ¡Lo estamos pasando de escándalo!

Ramón, sufridor abnegado y acostumbrado a ese tipo de burlas de sus ya algo chispados amigos, se encogió de hombros, negó con la cabeza; y mientras que miraba al trasluz de sus gafas para luego humedecerlas con su aliento antes de limpiarlas, emprendió su camino hacia aquel lugar, en el que, al fin y al cabo, todos acudían por razones similares.

---

## 2. Del misterioso encargo

*Un mes después. Plymouth, diciembre de 2017*

—¡Despierte, despierte! ¡Espabile, maula! ¡Ya son por demás sus muchas horas de solaz, pronto vendrán familias con niños a ver el faro, y no querrá ser ejemplo holgazán e indolente para esas criaturitas aún por entender! Levántese de ahí y recoja todas sus porquerías.

Las patadas del pedante y cascarrabias agente de policía interrumpían la duermevela y le disparaban el corazón, que hacía pocas horas había encontrado el dulce letargo del sueño.

Eran las siete de la mañana, la luz clara y fresca iluminaba el rocío de aquella mañana de diciembre, y percataba a Berry Blackpool de la incómoda humedad con la que había estado luchando entre sueños toda la noche.

Aquel era un año cálido, el verano se había retrasado y daba paso a un invierno suave, que aun en diciembre se antojaba suficientemente ligero como para dormir al raso en la costa sur de Inglaterra.

Berry se puso en pie, notó el frescor de sus prendas pesadas y húmedas. Le dolían la cabeza y un brazo. Quizá fuera la postura.

---

El pie del faro no era precisamente confortable. Y ese olor a cuero y cerveza, a madera y *whisky*, a melancolía y remordimiento.

«Necesito meter algo en el buche, me duelen hasta los pelos de las orejas», pensó hacia sus entrañas.

Berry Blackpool era un hombre de mediana estatura, corpulento, entrado en carnes como un oseño con sobrepeso, y casi con su mismo vello corporal que, a modo de pijama color trigo, recubría su fofa contorno. Tenía frente despejada, cejas pobladas como breñales, y ojos azul opal de los que colgaban dos enormes bolsas perpetuas que descansaban sobre sus mejillas. Pese a lo ingrato de su efigie, la mirada era viva y transmitía una experiencia impropia de una persona de algo menos de cuarenta años. Sus orejas estaban tapadas por sus largos cabellos. Su boca pequeña y de labios carnosos estaba asediada por una perilla, no muy cuidada, que desteñida por el contacto con el humo del tabaco conformaba un muestrario completo de colores tostados.

—¡Oaaa, oaaa! —bostezó, desperezándose y haciendo un escorzo imposible para alguien de su movilidad.

Aún sin poder abrir del todo los ojos, todavía enrojecidos por la falta de sueño, y sabe Dios qué más, Berry se retorció mirando el horizonte de un mar en calma mientras respiraba el olor que desprendía aquel pueblo de pescadores inspirándole el principio de su anhelada libertad.

Berry Blackpool había nacido en Wembury, el pueblo vecino, a escasos diez kilómetros de Plymouth, y tomaba el apellido de otro condado no muy distante, al otro lado de Kingsbridge. Parecía que sus antepasados, igual de plácidos que el señor Blackpool, no habían salido de la comarca de Devon, y lo más que se habían desmelenado en toda su aburrida existencia había sido yendo a la población contigua a comprar leña en su



---

maltrecho furgón de color blanco. Pero aquel no era un Blackpool cualquiera: Berry sería el elegido, un hombre destinado a cambiar su estrella y escribir su nombre en letras de oro en el árbol genealógico.

Mientras se encaminaba en dirección a la taberna del Gallo Rojo, y se cacheaba tratando de encontrar alguna calderilla con la que sufragarse el desayuno, Berry repasaba los pasos que había dado la noche anterior, tratando de recomponer la historia que había acabado con él durmiendo en aquel faro.

La puerta de la taberna le recordó que tenía el brazo dolorido.

—Buenos días, señor. ¿Qué se le ofrece? —gritó la camarera, sin dejar de cortar pan ni levantar la vista para reconocer a su recién llegado cliente.

—Café solo, doble. O mejor, ¡triple! Y una pinta, y también una de esas tostadas con algún embutido que usted tenga.

—Tan solo me queda chorizo picante. Ayer se nos acabó todo, y aún no me han traído la munición de la jornada.

—Sea chorizo picante pues —farfulló mientras se sentaba en la banqueta y se arrepentía del griterío que produciría aquello en su perezoso estómago.

Berry escogió la mesa más apartada y se sentó cara a la pared frente a un cuadro algo extraño que fue lo que llamó su vivaz atención. El lienzo tenía aspecto de antiguo. En él, un barco luchaba contra la tempestad con todas sus velas arriadas. Sin embargo, en la parte izquierda, una luz inhibía de protagonismo a la figura central de la pintura. La luminaria parecía proceder de un pequeño trozo de tierra que, incipiente, asomaba al mar. Podía tratarse de un tesoro, o quizá un amanecer, pero desde luego no guardaba armonía en aquella estampa perfectamente lograda. «¿Se les habría deteriorado el cuadro en algún traslado y hubieron de restaurarlo?», reflexionó.

---

Entonces, Berry, muy propenso a encontrar señales vitales por cada rincón, interpretó aquella como la luz de Belén que señalaba el camino de su éxito. ¡Debía de perseverar!

—¿Está libre? —resonó una voz pesada de hombre por detrás del señor Blackpool.

Un individuo rollizo señalaba la banqueta al otro lado de la mesa. Berry realizó un barrido visual. El local permanecía vacío. Después alzó nuevamente la mirada; y cuando fue a explicar con irritación que aquel banco estaba tan libre como el resto de los asientos de aquella mugrienta taberna, identificó en sus ojos el brillo de una intención ulterior que le frenó en seco. Entonces Berry volvió a resbalar los ojos y se limitó a encoger los hombros, en claro gesto apático.

El misterioso personaje se quitó un sombrero de ala corta, que posó bocarriba en la mesa, y un impermeable, el cual dobló y situó encima de la banqueta. Después, con un gesto grácil, pasó la pierna por encima del taburete y se sentó sobre el abrigo.

La camarera sirvió el café, una resplandeciente Guinness, las tostadas y el plato de chorizo. En ese mismo instante, antes de que la tabernera pudiera retirar su mano y sin ofrecer bocado a su inoportuno visitante, el joven se abalanzó sobre el embutido como si llevara varios meses sin comer.

—Buenos días, muchacho —dijo con voz de mando y un acento ciertamente inidentificable.

De mirada limpia y bigote tupido, Berry pensó que aquel bien alimentado individuo cargado de energía debía de ser un exmilitar retirado que no había perdido su autoritario tono, y de alguna manera iría a interrumpir su repugnante tentempié.

—Ando buscando un mozo, joven, fornido y madrugador para un trabajo sencillo y bien pagado. A juzgar por lo que veo, debes de ser el único hombre responsable de este pueblo.

---

—Me llamo Clermont. Pascale Clermont. Un placer —dijo solemnemente mientras alargaba la mano hacia Blackpool.

Berry, sin cesar en la ingesta de chorizo, y con las manos colmadas de grasa, estrechó su mano mientras lanzaba un sonoro regüeldo que tiñó los cabellos del señor Clermont de rojo fuego, dejando suspendido en el aire un repulsivo hedor que le obligó a sacar un pañuelo de su bolsillo para taparse nariz y boca.

—¿Qué quiere? —dijo secamente Blackpool, fijando la vista en la inmensa taza de café, con la que trataba de apagar las primeras llamas de aquel amago de incendio que ya empezaba a declararse en su interior.

En ese momento, mientras bebía devolviendo la mirada a su acompañante, reparó en que las iniciales del pañuelo que sostenía Pascale delante del bigote respondían a las iniciales I.F. Sin embargo, absorto en la ingesta, decidió no brindar mayor aprecio.

—¡Salud! ¡Sano y fuerte como un roble! ¡Sí, señor! ¡Justo lo que andaba buscando! —carcajeó tratando de fingir entusiasmo mientras torcía el gesto ante la mala educación del muchacho—. Y ahora escúchame atentamente. Lo que te contaré cambiará tu sino para siempre —dijo, cogiéndole de las solapas repentinamente y abalanzándole sobre la mesa de forma abrupta.

---

---